

**PRECIO EN MADRID.**

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)  
 Por un mes. . . . . 4 reales.  
 Por tres id. . . . . 11 »  
 Por un año. . . . . 40 »  
 La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al ADMINISTRADOR DE GIL BLAS.

Director: **ROBERTO ROBERT.**

**PRECIO EN PROVINCIAS.**

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.  
 Por seis id. . . . . 28 »  
 Por un año. . . . . 50 »  
 EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »  
 ULTRAMAR.—Un año. . . . . 6 pesos.  
 Se publica dos veces á la semana, jueves y domingos.

Administración y Redacción, Huertas, 82, pral.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: **FRANCISCO ORTEGO.**



**Crónica.**

«Pero, Jesús, padre mio,  
 ¡Cómo huele usted á tabaco!»

Tenia razon la penitente: el ministerio todavía apesta.

No haya miedo de que se apolille la política, si es verdad que el tabaco sea buen preservativo.

Por todas las hendiduras de la mal ensamblada conciliacion se desprenden, no solo emanaciones tabacianas, sino nubes de un polvillo que penetra por ojos, boca y narices, produciendo lágrimas é irritaciones de garganta en el país.

¡Pobres de nosotros, que sin comerlo ni beberlo, esto es, sin cobrarlo ni fumarlo, vamos á experimentar los funestos efectos de la nicotina!

Sabido es que el ministerial fuma y el país escupe.

Y sabido es que los contribuyentes somos una especie de mozos de carga y descarga de aduanas, abrumados bajo el peso de enormes cajones de ricos tabacos; pero si algo fumamos, son colillas.



¡Qué amigos tiene el Sr. Moret!

Hasta que ellos lo han dicho, todos ignorábamos que tuviese una ligereza de carácter capaz de poner en riesgo cuarenta millones de reales (ajenos) en un solo negocio.

Y digo ajenos, porque hasta ahora no se tiene noticia de que la ligereza de carácter le haya costado al Sr. Moret un solo real propio.

Ya era tiempo de que la historia fuese imparcial...



A propósito: *El Imparcial* ha dicho: *Hasta luego*, á sus amigos.

Ha convenido en que la conciliacion es imposible. ¡Pero qué rodeo tan enorme ha dado para llegar á donde nosotros habíamos llegado por la vía recta!

De lo cual podríamos deducir que los federales éramos más listos que el colega democrático...

Pero ¡no! Rechacemos esa sugestion de la vanidad, y confesemos que hemos acertado casualmente.

Y *La Constitucion*, segun preliudios, va á seguir las huellas del periódico del Sr. Gasset...

Lo comprendemos. Desde el momento en que el ministro de Gracia y Justicia reivindica para el rey una facultad que no le concede la Constitucion, natural es que *La Constitucion*...

Pero otros desafueros han cometido otros ministros, sin que el periódico *La Constitucion*...

Habíamos dicho mal: no lo comprendemos.



Y se susurra que detrás de los periódicos cimbríos irá por sus pasos contados el Sr. Martos, siguiendo las huellas de aquellos á quienes debería haber precedido.

Verdad es que hay quien opina que el Sr. Martos es quien ha facilitado á los periódicos cimbríos el iti-

nerario que deben seguir; seguro de que les ha de alcanzar por un atajo solo de él conocido.

Pues... ¿saben Vds. que me dan tentaciones de decir otra vez: «lo comprendemos?»



Ahora, si el refran castellano asegura que es vano hablar de la mar, ¡cuánto más no lo será hablar de Ultramar!

Por consiguiente... ni una palabra acerca de este asunto.

Las condiciones de la revolucion han exigido que el ministro de Ultramar fuese un antirevolucionario.

Las condiciones de la coalicion han exigido que la proposicion del Sr. Labra no fuese votada.

Las condiciones del Parlamento han exigido que los carlistas hicieran suya una proposicion contraria á sus ideas.

Las condiciones de la mayoría han exigido que el presidente levantara la sesion en que la mayoría iba á lanzar sus miembros á los cuatro vientos.

Verá Vd. cómo dentro de diez años todo conservador se alabará de haber sido encubiertamente filibustero.



Antes de concluir, oigan Vds.

Cuando *La Epoca* diga que es necesario vigilar á los monárquicos carlistas, huelan Vds. y percibirán olor de chamusquinas de Orleans.

Cuando los carlistas denuncien trabajos en sentido orleanista, miren á lo lejos y percibirán movimiento de boinas y bonetes.

Cuando un diario progresista salga durante ocho dias regocijándose de la division de los federales, no duden Vds. que la conciliacion ha perdido una docena de tornillos.

Cuando los demócratas clamen que todo lo sacrifican á la conciliacion, al dja siguiente ó aquella misma noche introducirán una cuña entre las tres fracciones unidas.

Yo, siempre que oigo á los monárquicos algo de lo apuntado, tengo un buen rato y me fumo descansadamente un cigarrillo.

Son los únicos momentos en que puedo soportar el tabaco del estanco, porque mitigo su aspereza con la suavidad de las sensaciones morales.

Roberto Robert.

**¡SÍ QUE LA HAY!**

Al ver el afan con que el gobierno busca estos dias en todos los camaranchones políticos un personaje cualquiera, sea quien sea, que tenga el valor suficiente para encargarse de la cartera de Hacienda, parece como que se convence uno de que aun hay Hacienda en el gobierno español.

El efecto es magnífico, y sucede al leer los periódicos ministeriales y al ver citar hoy un nombre y mañana otro, lo que á los aficionados á las pinturas ante un cuadro de claro-oscuros fuertes. Convierten la

mano derecha en anteojo, miran por aquel hueco, y al cabo de un rato exclaman llenos de admiracion: «¡Qué propio está! ¡Talmente parece que está hablando.»

Y esto de creer que hay Hacienda es muy consolador. ¡Caramba, si lo es!

Coge Vd. un periódico y lee que en tal pueblo han resultado tantos muertos y tantos heridos al cobrar las contribuciones, y no hay remedio: al momentito, en la exclamacion que Vd. suelta al leer la noticia va fotografiada su opinion.

Si Vd. dice: «¡Qué cafes! ¡Cobran á balazos el sueldo de los curas, y el de los generales, y el de los ministros, y hasta el del rey!» ya se sabe, demagogo.

Pero si dice Vd.: «En fin, ello es que se ha cobrado la contribucion, que hay ingresos, que hay Hacienda, etc.» no hay tu tia, hombre de orden.

¿Quiere Vd. una prueba más de que hay Hacienda? Pues cuente Vd. en cualquier periódico cuántos empleados han huido este mes con fondos del Estado, y dígame si no habiendo Hacienda podría ser esta desfalcada.

¿Aun quiere Vd. más? Pues ahí está la cuestion de los tabacos, destinada á morir como muere en España todo lo pindárico: echando tierra al asunto.

¿Más aun? Pues pida Vd., que hay para rato. Mientras no pida una Hacienda ordenada, mientras no pida moralidad, mientras no pida economías... lo que es Hacienda, la hay.

No hay que dudar que los enemigos de la situacion negarán, no digo la Hacienda, sino á Jesucristo, como dicen que hizo el papa núm. 1; pero, amigo, de que la nieguen á que no la tengamos, va una diferencia... ¡uff!

¡Que no hay Hacienda! Pues si no la hubiera, ¿para qué habia de buscar el gobierno ministro que la arreglara?

Y no crean Vds. eso de que no hay hombre que quiera encargarse de arreglarla. ¿Pues no ha de haber?

Lo que ocurre es que cada economista tiene su proyecto, y no es cosa de escoger, así, de sopeton, el primero que venga á mano. Si el gobierno no pensara esto con madurez, ¿dónde íbamos á parar? ¿Qué sería de nuestra Hacienda?

Así es que entre el proyecto del economista Gasset, y el del economista Capdepon, y el del economista Candau, y el del economista Echegaray, y el de otros economistas (que casi todos lo somos ya) se escogerá el mejorcito, el que más convenga á los intereses del país.

¡Oh! Es destino que ha de sacarse á concurso con el tiempo, ¡ya lo verá Vd.! Y leeremos en el *Diario de Avisos*, entre el anuncio de una nodriza y el de un hallazgo, el de un economista que solicita cria para casa de sus padres... no, no es esto: que solicita arreglar la Hacienda; advirtiéndole «que tiene personas que salgan por él y documentos que acrediten su honradez.»

Así podremos escoger, entre esa infinita variedad de proyectos, el que sea mejor. ¡Y qué variedad más espantosa! Los unos proyectan el aumento de impuestos, los otros el aumento de contribuciones, otros el aumento de tributos, otros el aumento de gabelas. ¡Le digo á Vd. que hay más de un millon de variantes!



¡Y hay quien se atreve á decir que no hay Hacienda!

Vaya la última razon:

¿Cree Vd. que si en Hacienda no quedara mucho que desorganizar, mucho que revolver y mucho que desorganizar y trastornar, se encargaria interinamente de este departamento D. Práxedes Mateo Sagasta? ¡Pus... velay!

M. Matoses.

## DE PUERTAS ADENTRO.

(Ecos de ambas Cámaras.)

En un *trís* estuvo, creánme Vds., en un *trís* estuvo que la conciliacion no pegase un estallido en la sesion del lunes, ó mejor aun, en las sesiones, que ambas á dos, la nocturna y la diurna, fueron de nublados, de huracanes y de borrascas.

La conciliacion goza de poca salud, esa es la verdad: valetudinaria hace tiempo aparece; si consiguere reponerse un tanto de sus dolencias crónicas, un nuevo disgusto la pone á punto de dar un estallido; no, y lo dará al fin, eso es otra cosa. Si de tales embates y de tan furiosas sacudidas el nadador más hábil y más robusto saldria quebrantado, calcúlese cómo saldrá á puerto la infeliz conciliacion, que tanto ha padecido ya y que tantos y tan repetidos contratiempos ha sufrido.

Yo digo sinceramente que la conciliacion me inspira lástima.

Debo confesar, sin embargo, que otro sentimiento ocupaba casi por completo mi espíritu; el pesar, el más acerbo pesar que hombre alguno ha experimentado nunca. Espectáculos como el del lunes entristecen, ruborizan, desalientan á los que de buena fé profesan respeto á las gloriosas tradiciones de edades pasadas.

El odio al parlamentarismo era, si así puede decirse,—y vaya si puede decirse—uno de los caracteres más distintivos de los hombres sensatos que vuelven la vista atrás para buscar remedio á la desgracia que ven delante; pues bien, el lunes ví—lo digo con dolor verdadero—ví muy metidos en harina (pecaminosa harina!) á los diputados católicos. Tambien ellos apelaron á un ardid parlamentario; ellos tambien pretendian llevar á cabo lo que en el lenguaje liberalesco del dia suele llamarse una sorpresa hábil; es verdad que no estuvieron todo lo discretos que hubieran querido—¡al fin, pobrecillos, es esto tan nuevo para ellos!—pero revelaron excelentes disposiciones para el caso. Es decir, que el virus del liberalismo se inculca hasta en esos espíritus llenos de bondad, de mansedumbre y de santo temor de Dios.

España está desconocida.

Porque vean Vds., si los bondadosos, si los mansos, si los temerosos de Dios se entregan con cierta complacencia—duro es reconocerlo, pero así sucede—á las *vitandas* é impías prácticas que Pio IX ó X—no sé en qué hemos quedado sobre esto—condenó en el *Syllabus*, ¿cómo puede admirarse nadie de oír á los que siempre fueron descreidotes y desalmados, cuando se dirigen epítetos y deprecaciones que no se aprenden en la gramática ni en los tratados de literatura?

Por mi parte, con toda la pena que en mi alma cabe, que no es poca, me declaro incapaz de comprender los repetidos y frecuentes golpes que las oposiciones asestan á la conciliacion: esto me recuerda lo de *á moro muerto, gran lanzada*. ¿Qué se pretende, matar la conciliacion? ¡Ah! ¡bah! ¿Pero es que la conciliacion no murió hace ya mucho tiempo?

Y sin embargo, las oposiciones se empeñaron en matarla el lunes: y era curioso el espectáculo. Nada más original que el empeño en que por unos y por otros se asestaban golpes y se disparaban tiros sobre la difunta. ¡Cuánto se hubiese sorprendido si por un favor especial de la Providencia hubiese vuelto á la vida!

Es seguro que su sorpresa hubiera sido mayor que la experimentada sin duda por el jóven La Bra, observando cómo su atrevida proposicion y su valiente y noble discurso ofrecian un simple pretexto para desunir á las huestes ministeriales.

En estos casos los discursos son lo de ménos, las declaraciones carecen de importancia; hartos se conocen unos á otros para no saber cómo piensan en tales y cuales asuntos: lo gracioso, lo digno de estudio son los incidentes, los diálogos extra-oficiales, las pala-

bras que no constan en el extracto (ni en el Diccionario).

—¡Filibustero!

—¡Más es Vd.!

—¡Farsante!

—¡A mucha honra!

—¿Qué dices?

—¡Está loco!

—Ahora te dará la locura.

Y entre unas y otras cosas oyése de vez en cuando:

—Fulano, sí.

—Zutano, no.

—¡Orden, orden, señores diputados!

Y el presidente se apresura á levantar la sesion antes de tiempo: todo inútil; por la noche continúa, y solo la lecturadel acta produce nueva algazara. Allí hay una proposicion retirada, y otra incidental, y otra de censura que el gobierno acepta á medias, y otra de confianza que rechaza el ministro, y vuelta á las mismas.

—¡Yo soy muy liberal!

—¿Y á mí qué?

—¡Nada de reticencias!

—¡Yo hablo como sé!

—¡Sabe Vd. poco!

—¡Orden, orden!

—¡Le digo á Vd. que calle!

—¡Filibustero!

—¡A ver, repita Vd. eso si se atreve!

—¡Pues no me he de atrever!

—¡Orden, orden!

—Señor presidente, que se vote por partes esa proposicion.

*Presidente*.—Está bien; se votará por partes.

—Señor presidente, que no puede votarse por partes porque la conciliacion pega el estallido.

*Presidente*.—Está bien; pues no se votará por partes.

—Pero, señor presidente...

—Pero, señor presidente...

—¡Orden, orden!

El desorden aumenta, el ruido crece, la tormenta es aterradora, y el presidente oye solo el confuso clamoreo de algunos espectadores que dicen dirigiéndose á él: *¡Que baile, que baile!*

UNO.

## EMOCIONES.

Después de tanto discutir y luchar para hacer una ley de incompatibilidades, ahora resulta que cada letra de esa ley es un dardo que atraviesa de parte á parte el pecho de algunos patriotas.

Diputado hay que ha sufrido á causa de las incompatibilidades una enfermedad verdadera, con sus nueve dias de fiebre, su período álgido y su alivio lento.

El gobierno, cariñoso hácia los suyos y compasivo por carácter, ha estado dando largas al asunto, hasta que no ha tenido más remedio que abordarlo.

Entonces, con lágrimas en los ojos y abrazando al diputado incompatible como abraza el padre al hijo que va á la guerra, ha dicho: «¡Anda con Dios! ¡La Magdalena te guie!»

Y ¿sabe Vd. que la tal Magdalena ha entendido el asunto?

Yo sé de algun representante de la patria que al verse compatibilizado ha dado un respingo de asombro...

¡Y qué buenas escenas se han presenciado!

Durante las votaciones andaban los incompatibles por aquellos pasillos buscando votos con un temor... con un compungimiento... «¡Si pudiera yo votar en favor mio!»—decian unos.—«¡Si fuera cuestion de gastarse una onza!»—decian otros.

Luego salian pasados ya por el crisol de la compatibilidad, y allí de los abrazos, allí de las enhorabuenas, allí de las protestas de amor á la patria.

Yo he visto á uno de esos compatibles salir del salon como sale un estudiante victorioso del jurado de exámenes. El infeliz no sabia lo que se hacia, no acertaba á hablar. «¡Juan! decia á un dependiente del Congreso, que suban agua y vinagre.—¡Juan! Vaya Vd. á casa y diga á la señorita que soy compatible.—¡Juan! Pásese Vd. por la oficina y diga á mis compañeros que soy compatible.—¡Ah! Sr. D. Práxedes, ¡qué peso se me ha quitado de encima!—¿Y eso?—Soy

compatible.—¿Por cuántos votos?—¡Ah! por pocos, pero soy compatible.»

En cambio el diputado incompatible, ¡cuántas angustias, cuántas congojas, cuántos tormentos ha sufrido!

La noche anterior soñó que todos sus compañeros le compatibilizaban. Fué al Congreso y vió cuán mentira son los sueños.

Al salir del Congreso, ¡qué cabizbajo, qué abatido, qué acongojado! ¡Qué pujos de desprendimiento!

Mientras decia á unos amigos: «Me alegro que me hayan declarado incompatible. Así verán... etc.» echaba cuenta con los dedos, y decia:

«Me quedan varios recursos: 1.º, amenazar al ministro para que me conserve el sueldo sin que nadie lo sepa; 2.º, repartir mi sueldo en dos destinos para mis hijos; 3.º, pedir al Congreso una pension por mis servicios á la libertad; 4.º, negociar... ¡Bah! Aun no se ha perdido todo.»

¡Oh! Han sido deliciosas las escenas ocurridas estos dias con motivo de las incompatibilidades.

Hasta tal punto, que hay quien opina que la incompatibilidad no puede legislarse, pero que se ha recurrido á reglamentarla para disfrutar una vez en cada legislatura de los placeres de tal espectáculo.

En honor de la verdad, el espectáculo es fuerte como una corrida de toros, pero los aficionados gozan en él placeres sin cuento.

Los aficionados á las emociones fuertes lo encuentran agradable.

Yo, como *petroleista* que soy, lo encuentro aun algo pálido.

LAMELA.

## CARTA

Al Sr. D. José María del Campo y Navas.

Mi estimado amigo:

Ya ve Vd. que le llamo Campo y Navas, para que no se le confunda con ningun José María, que tambien se llame Campo, de lo cual se han dado casos que casi podriamos llamar acusativos.

Ahora bien, estimado amigo: yo sé que Vd. forma parte de una comision nombrada para proponer los medios de constituir una sociedad, cuyo objeto sea crear, conservar y acumular capitales destinados á salvar de una muerte (y quizás de una vida) miserable á los escritores.

Pero no sé más acerca de esto y deploro mi ignorancia, si bien me compensan de ella los conocimientos que en otras materias he adquirido.

Sin vanidad, amigo Campo y Navas, sin asomo de vanidad puedo decir que soy un hombre ilustrado en ciertas materias que ningun catedrático enseña en aulas públicas ni privadas, y aun cuando creo que Vd. me creará bajo mi palabra, en caso necesario demostraré mis conocimientos.

Zorrilla sabe una porcion de cosas sobre la vida privada del sol, y hasta posee la llave de ciertos archivos de la Providencia; no le desmentiré; pero no cambio por lo que él sabe de esas cosas, lo que yo sé de otras.

Por ejemplo, amigo mio: yo sé de qué murió Iza.

¿Se acuerda Vd. de un escritor que hasta febrero de 1852 se llamó Iza?

Pues de ese he averiguado que se murió en la citada fecha á consecuencia de haberse arrojado al canal.

Lo que ignoro es el motivo que le determinó á tomar tan extrema resolucion; porque como el pobre Iza padecia una gran miseria y no hallaba amparo ni consuelo, ni veia remedio á sus males, no comunicó á nadie sus propósitos, y quedó envuelta en el más profundo misterio la causa de su muerte.

Por cierto que el pobre Iza, antes de matarse, escribió una carta para Francisco Cea, devolviéndole unos libros (¡el pobre devolvía libros!) con las palabras con que *El Imparcial* ha encabezado su primer artículo de oposicion. Terminaba diciendo: «*La vida pasa pronto. Hasta luego.*»

Y... el pobre Cea, cuya vida era tan triste, tan pobre y estaba tan poco salpicada de alimentos, no creyó que su difunto amigo tuviese razon; al contrario, él se figuraba que la vida no acababa de pasar nunca, y ¿sabe Vd. de qué murió al poco tiempo Francisco Cea?





—¡Cuándo vendrá el rey nuestro señor D. Carlos, para que nos coloque en nuestra verdadera posición!!!

Yo sí. Murió de nutrición: de lo que conserva la vida de los seres vivientes.

Acostumbrado su estómago á vivir en una aspiración continua, el día en que Cea tuvo destino, y en lugar de esperanzas dió garbanos á su aparato digestivo, se le entristeció éste, echó de ménos la bella tradición del ayuno y se le murió. Después de lo cual se murió también el poeta, que no pudo sobrevivir á una entraña con quien le habían unido desde su primera edad los más estrechos lazos.

Y sé de qué murió Flamant.

Manuel María Flamant, modesto, estudioso, infatigable, más poeta por dentro que un millar (tomado al bulto) de nuestros rimadores; Flamant, que sintió la poesía de la amistad, la de la política, ¡hasta la del amor conyugal! ¿Le parece á Vd. si sería poeta?

Pues Flamant murió... yo sé cómo.

Y cuando había triunfado la revolución y ya se había entronizado el novísimo polaquismo, y ya muchos liberales imploraban el favor de isabelinos rehabilitados, llegó á casa de Flamant una credencialita de un empleillo, que Flamant no pudo desempeñar, porque pocos momentos antes había llevado á cabo su fallecimiento.

No le diré á Vd. cómo murió Carlos Rubio, porque usted lo sabe; pero yo sé también cómo vivió.

Y Vd. sabe también que, á modo de buena fortuna, ha celebrado *La Correspondencia*, anteayer ó el otro, que uno de nuestros hermanos en letras, para tomar baños indispensables á su salud, ha tenido que aceptar la dádiva de una empresa de ferro-carriles.

Y, en fin, sé otras cosas, que me permitirá usted conserve guardadas, ya que no tengo otro medio de vivir que revelando al público en un día lo que aprendo en una semana, á fuerza de huronear por todas partes.

Y bien, repito, amigo Campo y Navas, ¿hemos de continuar viviendo y muriendo así los que nos dedicamos á escribir para el público?

Cuando los hombres de ménos ilustración se agitan en toda Europa, asociándose para asegurarse una vida ménos precaria, una muerte ménos deshonesta, ¿permaneceremos olvidados de nosotros mismos los que tenemos la pretensión de ilustrar al público indocto?

¡Ay, amigo mio! En las calles, en las redacciones de periódicos, en los hospitales, en las cárceles se encuentran escritores de todas edades, desde el lampiño epigramatista, hasta el encanecido erudito: todos están expuestos á fluctuar entre la limosna del transeunte y la del presupuesto; la tentación y la necesidad, que son malos consejeros (¿no es cierto?) les solicitan de continuo; el camino de la corrupción, abierto ante sus ojos, y enarenado y flaqueando de fragantes marmitas, les atrae...

Me comprende Vd., ¿no es verdad, amigo?

Ya ve Vd. que ni hay Mecenas, ni es digno del ciudadano de hoy esperar de la generosidad del ocioso príncipe lo que puede ganarse noblemente por sí mismo. El hospital será muy poético para descrito; pero dicen que es muy malo para habitado; ¿por qué no se apresuran los escritores á intentar algo que les libre siquiera de la mitad de las funestas probabilidades de miseria y abandono á que está sujeta su suerte?

A Vd. se lo pregunto, amigo Campo y Navas, ¿hemos de vivir siempre así?

Siquiera para demostrar que nos estimamos en algo, asegurémonos unos á otros; siquiera para que no seamos los únicos faltos de iniciativa, emprendamos algo; porque eso de cantar hasta reventar es ridículo hasta en las cigarras, cuánto más no ha de serlo en los hombres.

Prueben Vds., amigo mio, Vd. y sus compañeros de comisión; prueben Vds., si es posible (que sí lo será) arrancar siquiera á uno de las garras de la miseria y de la muerte, por medio de la asociación; influyan Vds., yo se lo ruego, en mejorar el porvenir

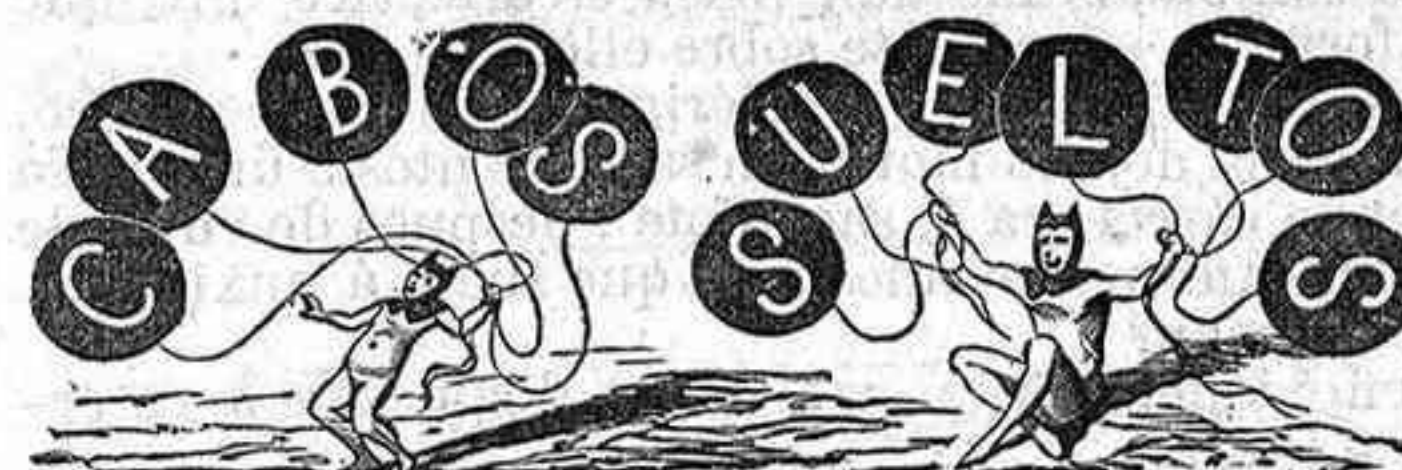
del que escribe para el público; que es muy triste la alegría de nuestras poco frecuentes reuniones, cuando uno piensa en que Iza, y Flamant, y Cea, y Rubio, y tantos otros habían reído también en reuniones semejantes.

Y perdone Vd., amigo mio, si le distraigo de sus muchas ocupaciones; pero como Vd. ha hecho estudios sobre el ahorro de los que ganan poco, y como usted es individuo de la comisión á que aludí antes, y como Vd. es mi amigo, he creído que á nadie mejor que á Vd. podía dirigirme.

Ea, compañero: una semana de buena voluntad y diligencia, y ¿quién sabe? acaso los escritores que nazcan desde hoy nos agradecerán eternamente el feliz resultado de un leve esfuerzo.

Es siempre su afectísimo amigo,

Roberto Robert.



¡Con que los evangélicos de Córdoba han apaleado al enterrador católico porque no quería inhumar á uno de los suyos!

Pero, señor, ¿que no he de tener noticia de religión alguna en que no haya palos!



Los diarios moderados hablan de ladrones.  
Los periódicos cimbríos hablan de farsantes.  
De una cosa y de otra puede hablarse, gracias á Dios.





¡Buenas cosas se dicen de los establecimientos penales de España!

No sabemos en qué consistirán los abusos que, según la prensa, iba á revelar la última inspectora de la cárcel de mujeres de Madrid; pero dudamos que sepa cosas tan gordas como las que se cuentan.

Expediente sobre robo de carnes, estafas en el peso de la menestra, defraudación en el pan, exacciones á los penados so pretexto de facilitarles indulto, continuas recriminaciones anónimas entre los explotadores...

¡La mar!



La Federación de Valencia califica de conato de socialismo el atropello contra las leyes y contra la propiedad cometido por aquella capitania general al apoderarse de la casa-llavero.

Si se llama tabaco á lo que se vende en el estanco, también puede llamarse socialismo ese ataque á la propiedad.



Un misionero apostólico, que ha ido á trasquilar las ovejas de Callosa de Enzarria, ha predicado en el púlpito excitando á sus fieles á que dejasen de visitar y saludar á los republicanos so pena de condenación eterna.

Además, declaró especialmente condenados á los que llevasen pan á cocer al horno de un determinado individuo.

Francamente, caballeros, en un país en que es lícito mentir tan descaradamente no me digan que no hay libertad.



El cardenal vicario de Roma publica una orden prohibiendo á los fieles la lectura de periódicos no católicos.

Hemos averiguado que, en efecto, los periódicos no católicos existen.

Vamos á averiguar si hay fieles que sepan leer.



Dice un periódico que más de ocho mil fojas tiene ya el proceso formado con motivo del asesinato del general Prim.

Y llegará á tener tantas, que con ellas podremos levantar un monumento de papel á la memoria de la víctima.



Un desprendimiento de tierras ha destruido parte del histórico santuario de Covadonga.

Lo comprendo. La Providencia habrá dicho: Yo me desvelo por conservar á los españoles el glorioso recuerdo de la restauración de su nacionalidad, y ellos desnacionalizan una, dos y tres veces sus dinastías reinantes?

Pues llévelo todo la trampa.



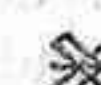
Parece que doña Isabel II quiere que se escriban los anales de su reinado con espíritu imparcial, á cuyo fin encarga esta tarea á una persona que le debe muchos favores.

Siempre se equivocó la buena señora.



En Casa Vieja (Avila) ha habido heridas con motivo de la cobranza de contribuciones.

Parece que el clero protestará diciendo que no quiere que su dinero cueste sangre.



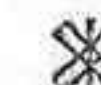
Si yo les dijera á Vds. que un clérigo católico, apostólico, romano ha llegado á empeñar en veinticinco duros dos cálices y dos patenas que no eran suyos, ¿me lo creerían?

Porque si no lo han de creer, me lo callo.

En cambio, si me dan Vds. crédito, les diré que hay formado expediente sobre ello.

Y si les dijera que un clérigo católico, apostólico, romano ha dejado morir sin sacramentos á una presa (de cuya cárcel era el sacerdote), después de enviarle inútilmente tres recados para que fuera á auxiliarla, ¿me creerían?

Reflexiónenlo Vds., y si están dispuestos á creerme, se lo diré.



La Epoca dice que Vizcaya puede enviar al campo carlista 10.000 hombres en un momento dado.

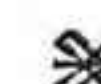
Lo cierto es que se le han dado momentos y años y no los envía.



Dicen que D. Vicente Rodríguez presentará la dimisión de comisario de los Santos Lugares.

Pero le van á contrariar no admitiéndosela.

¿Cómo no lo presiente?



Accediendo gustosos á la indicación que se nos ha dirigido, admitiremos en la administración del *Gil Blas* las cantidades que se nos remitan para aliviar á los desgraciados, víctimas de la inundación del río Queiles.

En las administraciones de los demás periódicos, en la calle de Carretas, 35, Pez, 4; Bordadores, 9, y Arenal, 10, se reciben también donativos con el mismo objeto.

¡Ojalá el sentimiento público corresponda á las necesidades de aquellos infelices!



Se habla de futuros movimientos carlistas en Valencia.

Ya presiento una nueva cogida de boinas.



El papa se ha dignado escribir á Mr. Thiers, diciéndole que *por ahora* está decidido á no salir de Roma.

¡Qué casualidad! También *por ahora* está decidido Víctor Manuel á no echarle.



Se piensa en impuestos sobre caldos... Protestan las diputaciones y los ayuntamientos.

Se idea un impuesto sobre tabacos... Protestan los tabaqueros.

Se habla de impuesto sobre el papel del Estado... Protestan todos los papel-habientes.

Se indica el impuesto sobre sueldos de empleados... Protestan los empleados.

¡Y dice Castelar que no hay protestantes en España! Proponemos que se suprima el presupuesto del clero católico...

Y hasta el clero católico se hace protestante con tal de cobrar.

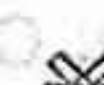


El autor del bello poemita *El Esclavo blanco*, más claro: el redactor del periódico malagueño *El Papel Verde*, ó en menos palabras: el incorregible republicano federal Francisco Flores y García acaba de dar á luz un bellissimo monólogo en verso, titulado *Ingratitudes de un Rey*.

Con decir que el protagonista es Cristóbal Colon, puede comprender el lector si podrá echar sapos y culebras contra Fernando el Católico.

Y.... (Acá para *inter nos*, ya que no pueda uno maldecir sin riesgo de los reyes presentes, á lo menos con el monólogo de Flores se desahoga contra los pasados.

¡Gracias pues, gracias, Flores!



—Desengañese Vd. Por ahí se va á la bancarrota.  
—No lo crea Vd. Por ahí la bancarrota se viene.



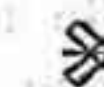
Leí anteayer que el Sr. Moret se encontraba mejor. Me alegraré... Pero lo dudo.



Se ha fugado un empleado de la Caja de Depósitos. Se le atribuían varios abusos.

Hoy, más conocidos los pormenores, se le atribuyen algunos más.

¿Cuánto va que nadie sabe cómo se colocó á ese celoso y probo funcionario?



El revistero de *El Imparcial*, D. Ornedo, ha tenido recientemente un sueño, durante el cual dice que vió entre otras cosas:

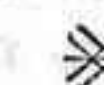
«Más allá los *Impuestos*, (que no cantan, mas tienen tres bemoles), diablos gigantes de macizo plomo capaces de aplastar bajo sus moles, no al pueblo tributario, sino al mismo sistema planetario.

El *Empréstito* en traje de judío, la *Emisión* con esmero empapelada, el *Despilfarro*, en mágico atavío, el *Giro*, al descubierto, el *Déficit*, con boca de ensenada, el *Descrédito*, abierto, el *Agio*, tras la *Bolsa* mal cubierto, y el *Contrato*, que oculta bajo el manto tanta... en fin, yo no sé... cencerro tanto.

El *Dinero*, montado en una nube, la *Riqueza*, embozada en su mortaja, la *Deuda nacional*, sube que sube, el *Crédito español*, baja que baja...»

Ya... pero esto de haberlo soñado, que se lo cuente á su tia.

Esto lo ha visto. ¡Si seremos tunantes!



El 9 de julio se ha publicado la *Guía de forasteros* de este año.

El 9 de agosto ya no será cierto la mitad de lo que dice.

Y pagando.



Se están haciendo diligencias para averiguar quiénes fueron los autores del alboroto en la noche de la iluminación por el papa-rey.

Por lo pronto, se ha averiguado ya que de todas las personas presas con aquel motivo ninguna era culpable.



D. José Puig y Llagostera se presentó el día 7 ante un juzgado de Barcelona á declarar en la causa que se le sigue con motivo de la publicación de su ruidosa carta.

También podían haberle preguntado de paso si mató al general Prim.

¿Qué se perdía en ello? Creo que ya faltan por interrogar muy pocos españoles...



Son muchos los diputados de la mayoría que se van de Madrid.

Así habrá paz.



En breve tendrá iglesia católica el nuevo barrio de Atocha.

Y aun más en breve se levantará una capilla provisional para mientras se hace la iglesia.

Se esperan satisfactorios resultados del nuevo templo, ya que los viejos comienzan á producir menos.



Parece que el Sr. Mochales demanda á *La España Radical*.

Dicese que el propietario de *La Iberia* demanda también al antecitado colega.

Se ha celebrado una vista de causa de *El Papeleto*.

Ha sido absuelto el director del periódico *La Atalaya*, de Ciudad-Real.

A todo esto el jurado, como el rucio de Sancho, calla.



Setecientas cuarenta mil pesetas, esto es, tres millones próximamente, se destinan á cerrar el patio del ministerio de la Guerra.

Vaya Vd. ahora diciendo que no hay dinero y que se mueren de hambre los maestros.

¡Trapalones!



*El Tiempo* cree que la revolución está herida en las entrañas.

Bueno es que los moderados crean que tiene entrañas la revolución.



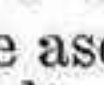
La *Biblioteca de instrucción y recreo* acaba de publicar una nueva obrita de Erckman-Chatrian.

Se titula *El Bloqueo*.

El éxito extraordinario que todos los libros de esta Biblioteca obtienen nos exime de recomendar este.

Ha de sernos lícito, no obstante, aplaudir al autor y mandar mil plácemes á los editores.

Me parece que no me excedo: ¿eh?



A *La Constitución* le aseguran que los federales de Valladolid han hablado de comprar petróleo para quemar casas de monárquicos cuando estalle la revolución.

Al colega se conoce que le han tomado por su cuenta cuatro guasones.

También le dijeron días pasados que no había habido en Madrid reunion filibustera.

Y sin embargo...

Á TODOS LOS QUE SE BAÑEN,  
SE HAYAN BAÑADO Ó TOMEN LAS AGUAS.

ACEITE DE BELLOTAS CON SAVIA DE COCO,  
RECOMENDADO POR MÉDICOS ALÓPATAS, HOMEÓPATAS Y FARMACÉUTICOS.

Se vende á 6, 12 y 18 rs. frasco, calle de las Tres Cruces, 1, principal, y Jardines, 5, Madrid, y en 2.300 droguerías, farmacias y perfumerías de las cinco partes del mundo.

Leed lo que decía *La Política* en Julio último:

«A los bañistas.—Si para toda clase de personas es utilísimo el *Acete de bellotas con savia de coco*, que ya en otras ocasiones hemos recomendado como inocente cosmético y eficaz medicamento del cabello y de muchas enfermedades de la cabeza, para nadie quizá tiene una aplicación tan directa y recomendable como para los bañistas; sabido es, en efecto, la humedad que constantemente conservan en la cabeza los que hacen uso de los baños; perjudica muchísimo al cabello, y nadie ignora tampoco la acción destructora que en él ejercen los cloruros, potasas, sulfuros, carbonatos y otras sales en que abundan las aguas minerales y marítimas. Ahora bien: el *Acete de bellotas con savia de coco*, inventado por el Sr. Brea y Moreno, neutraliza todos estos efectos, suavizando el pelo, dándole consistencia, manteniéndole fresco, lustroso, flexible, y viniendo á ser un auxiliar, ó mas bien un correctivo de los inconvenientes que lleva consigo la hidroterapia. Por esta razon, encargamos á todos los bañistas que no olviden en su neceser de viaje un frasco siquiera de aquel precioso líquido.»

NOTA DEL INVENTOR.—*Escíbase mi nombre, firma y busto en la etiqueta, que hay ruines falsificadores, ó HAYO SERVIL, como les llama el inmortal Horacio.*

MADRID: 1871.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.